

6 CUENTOS PARA FUMAR

6 CUENTOS PARA FUMAR

BYRON QUIÑÓNEZ

libros
mínimos
narrativa



Edición al cuidado de

Julio Serrano Echeverría y Alexis Gómez

©2001 Byron Quiñónez

©2007 Editorial Libros Mínimos

www.librosminimos.org

Queda prohibida la reproducción de este libro con fines comerciales. Esta obra está protegida por la Ley de Derechos de Autor y Derechos Conexos de Guatemala

(Decreto No. 33-98)

y bajo una licencia de Creative Commons



ÍNDICE

| | |
|--------------------------------------|----|
| RUFUS JOHNSON BROWN..... | 5 |
| EN TUS OJOS..... | 11 |
| PASEO..... | 14 |
| EL ÚLTIMO RAVE DE GUSTAVO SOLÍS..... | 21 |
| EN LA CASA DE PAUL..... | 26 |
| MANIFIESTO SOCIOANTROPÓFAGO..... | 33 |

RUFUS JOHNSON BROWN

I

Una muy mala mañana, sin razón aparente, Rufus Johnson Brown despierta y se ve transformado en una bestia semihumana, peluda e inidentificable. Sus ojos lo notan de inmediato pero su mente parece no asimilar la idea. Por un momento cree que sigue dormido y que la pesadilla que le atormentó durante la noche sigue su curso. Se examina ambas manos con alarma: parecen las de un gorila, oscuras y cubiertas de pelo, pero con uñas enormes y puntiagudas.

Rufus Johnson Brown está a un paso de la histeria. De su garganta surge un gemido mezclado con náusea y se enrosca entre las sábanas, como si así pudiera borrar su nuevo aspecto. En un acto reflejo intenta cubrirse la cara con ambas manos y descubre que su nariz y boca en verdad se han fusionado y alargado en forma de fauces.

(“¿Pero qué me pasó, qué, quÉÉ, QUÉÉÉ??!!”)

Vaya si no era una mala mañana.

Al sacar la cabeza de entre las cobijas la luz matutina cae de lleno en sus ojos. Los cierra y se

byron quiñónez

da vuelta, gruñendo como un carnívoro irritado. Había tenido malas noches, pero la anterior había sido realmente la peor de toda su vida. Al apenas dormirse principiaron las pesadillas: interminables, repetitivas y agravadas por el calor sofocante de la canícula. La transformación empezó a manifestarse cuando la temperatura subió a niveles intolerables.

La cama se convirtió en un baño sauna, entre cuyas sábanas se retorció Rufus Johnson Brown, desesperado y cubierto de sudor. Cuando sus fauces empezaron a crecer, su dentadura fue desterrada sin miramientos por una tercera colección de piezas, mucho más adecuadas para el desgarrar y la trituración.

Escupió sangre con pedacitos de diente y tosió tanto que estuvo a punto de vomitar. Aunque volvió a escupir, el mal sabor de boca y el mareo no desaparecieron.

Se moría por un vaso de agua pero las piernas no le respondían y sentía náuseas. Estaba, como él mismo solía decir, hecho mierda. ¿Cuándo en su vida no poder levantarse de la cama? Afortunadamente la metamorfosis no le había afectado la digestión, pues con aquella debilidad de piernas no hubiera podido levantarse al baño.

Confirmada su indisposición, Rufus Johnson Brown desiste de levantarse y trata de ordenar el caos mental que le atormenta. Por supuesto, ir a

trabajar en su actual estado quedaba fuera de cualquier posibilidad. ¿Cómo reaccionaría su secretaria, por ejemplo, si al entrar a la oficina se encontrara una bestia lupina ocupando el escritorio del señor gerente general Rufus Johnson Brown?

Ni pensarlo.

“¿Y ahora qué?”

“*Ahora qué ahora qué ahora qué...*”

Se había convertido en un monstruo digno de cualquier película de terror. Aunque en sus ratos de odio al prójimo le hubiera gustado poseer dicha facultad para así destrozar, devorar y defecar a los destinatarios de su rencor, nunca lo hubiera creído posible.

Pues bien, finalmente le había sucedido —sin saber cómo— y el horror de la realidad borró cualquier aire de fantasía que hubiera podido tener al respecto.

Y claro, la siguiente expresión era inevitable: “No, no, esto no puede ser...”.

Pero sí era, y con toda la crudeza del caso. Necesitó un gran esfuerzo para no gritar, para no dejar escapar los alaridos que le subían por la garganta. Ante todo debía permanecer sereno. ¿Qué tal si todo aquello era una mala pasada de su mente? ¿Qué tal si un gracioso le había echado LSD al jugo de naranja?

En ese momento suena el teléfono. Trata de levantarse a responder pero es inútil. Además, tiene

byron quiñónez

la lengua de trapo y no puede ni hablar. Seguro lo llaman de su trabajo. Mala cosa vivir solo, sin nadie que pueda excusarlo.

Ni modo.

II

Han pasado ocho días y continúa encerrado. No ha vuelto a la normalidad y no debe dejar que nadie le mire así. Rufus Johnson Brown está enloqueciendo.

Los días, fugaces e intrascendentes, no son más que intermedios efímeros. Las noches, en cambio, son una pesadilla interminable porque sueña lo mismo una y otra vez.

Sin interrupción.

Hasta la náusea.

Ad infinitum.

Sí, ha empezado el derrumbe definitivo de su cordura.

A estas alturas está realmente harto de las cuatro paredes que le rodean y la claustrofobia le ahoga. Tantos días de encierro son demasiados y el caldo de cultivo de sus odios ha germinado. Es hora de cosechar.

Necesita salir. Aunque sea a matar a alguien. Lo malo es que su aspecto le delataría y desiste de salir, por lo menos mientras oscurece. En un arranque de ira, toma un florero y lo estrella contra el espejo de la sala.

Hay calamidades personales que son claro ejemplo de la ley de causa y efecto, pero en ocasiones surgen efectos sin causa, como en este caso.

¿Pero por qué a él? Aquella era la pregunta que más le irritaba.

¿Por qué demonios le estaba sucediendo eso? De los millones de personas del mundo, tenía que tocarle precisamente a él.

No le extraña, de todos modos.

Empieza a sentir odio.

Mucho.

La algarabía de las calles llega hasta su dormitorio, recordándole todo lo que él ya no es. Poco a poco, las risas de la gente se convierten en la cosa que más odia.

La felicidad ajena le parece una burla a su desgracia. Claro, ellos no conocen los padecimientos de la transformación, el calor causado por el pelaje ni lo molesto de lidiar con pulgas y demás parásitos.

Lo peor de aquella situación es la incertidumbre: no saber si algún día volverá a la normalidad o si está condenado a ser un monstruo para siempre.

Pero la decisión está hecha: esa noche saldrá a la calle, a desquitarse con el primero que se cruce en su camino y calmar la necesidad más inmediata.

Después visitará viejos enemigos y les cobrará unas cuantas.

byron quiñónez

Durante años se vio forzado a convivir con imbéciles por pura necesidad. Hubiera preferido estar solo, pero eso lo va a resolver hoy.

EN TUS OJOS

Verrà la morte e avrà i tuoi occhi¹

He visto el fuego del infierno en tus ojos mientras vienes descendiendo del cielo. Lo veo literalmente, como un reflejo en tu mirada abismal. Tus pupilas encierran un infierno real y tangible: vastas regiones incendiadas en cuyo centro se aglomeran las almas de los pecadores, atormentadas por demonios semihumanos, semiperros, coronados con dos o tres cuernos —enhiestos y enroscados— como de macho cabrío. Demonios de piel oscura, malignos y seniles que gozan torturando a sus víctimas; mutilando, flagelando, estrangulando, sodomizando.

Infringiendo dolores interminables, eternos.

Algunos pecadores, devorados y medio digeridos en el vientre de engendros indescritibles son vomitados, excretados o asfixiados. La muerte no aparece para aliviar sus dolores.

Ojos ensangrentados y dispersos por el suelo, gritos ahogados, lágrimas en llamas...

¹ *Vendrá la muerte y tendrá tus ojos.*

byron quiñónez

Me voy internando en un bosque de árboles espantosos, siniestros, carbonizados, de expresiones pavorosas. Mi horror no tiene límite al descubrir que los supuestos árboles en realidad son seres humanos, petrificados e inmovilizados. Plantados en la tierra, sus manos convertidas en ramas secas, sus cuerpos cubiertos de plantas parásitas por fuera e infestados por gusanos y toda clase de alimañas por dentro.

Se quejan sin voz y gritan en silencio. Piden ayuda sin emitir sonido...

Sí, he visto el fuego del infierno en tus pupilas. Cuando me asomo a la oscuridad de tu mirada me siento acechado por cadáveres ambulantes, muertos vivientes que se alimentarán de mi carne, al igual que los leprosos de tiempos bíblicos devoraban a los suyos cuando morían...

Sí, he visto el fuego del infierno en la frialdad de tu expresión, en tus ojos negríssimos y sin pupilas que me clavan en mi sitio, célula por célula, petrificándome. Siento con nitidez cuando mi carne abandona su condición orgánica para convertirse en piedra: escucho la forma en que mis huesos crujen ante la presión de mis músculos pétreos. Mi peso es multiplicado hasta lo increíble y la movilidad de mis miembros ya no es más que un recuerdo inverosímil y remoto.

Inmóvil y aterrorizado, no puedo evitar la imagen de tu corona viviente...

Me doy cuenta de que no podré escapar de ti, que ante el embrujo de tu infernal mirada me he convertido en una estatua de piedra, que las serpientes de tu cabeza han inyectado su veneno imperecedero en mi conciencia.

Estoy destinado a una eternidad sin desviar mis ojos de tu imagen espantosa, de tu piel brillante y escamosa, de tus ojos negros, de tu sonrisa maligna, de tus garras, de tus serpientes...

PASEO

Como todas las noches, la necesidad y la costumbre la hicieron despertar. Y al igual que en anteriores ocasiones, abandonó el dormitorio completamente desnuda, atravesó la sala en penumbra, se acercó a la puerta principal y la abrió cuidadosamente para no despertar a nadie.

El frío de la madrugada se coló por la puerta abierta, endureciendo sus pezones. Afuera, la oscuridad era interrumpida por la intermitentemente luz de los focos de alumbrado público.

Los dientes le castañetearon, más debido a la emoción que al frío. De hecho, no había lluvia ni frío que vencieran la necesidad que le atenazaba por dentro y le obligaba a salir así.

En un momento que se le antojó irreal y sublime, cerró la puerta y salió al jardín. Caminó por la veredita que lo atravesaba y abrió la reja que daba a la calle. Muy lentamente, como saboreando el momento, plantó ambos pies en el pavimento y se detuvo a observar el cielo nocturno con expresión maravillada, como si lo viera por primera vez.

La situación no era nueva para ella, por supuesto. Para aquella joven de pelo azabache y liso,

aquellas excursiones eran un hábito adquirido y arraigado desde su doceavo cumpleaños.

Irreflexivamente, sin mirar hacia atrás, se echó a andar hacia el sur por la avenida Simeón Cañas.

Avanzó por las calles desiertas y silenciosas, alejándose cada vez más de su casa, la oscuridad callejera fusionada con su piel tersa y bronceada.

La dureza del pavimento bajo sus pies le recordó los sueños recurrentes de su infancia: calles desiertas e interminables, alumbradas por el zumbido silencioso de focos amarillentos mientras ella, solitaria y perdida, caminaba de un lado a otro sin saber cómo regresar a su casa.

La presente situación se parecía mucho a tales sueños pero la sensación era distinta: ahora le parecía fascinante caminar desnuda por esas calles oscuras y desiertas sin que nadie la molestara.

El entusiasmo le hacía caminar más y más cada vez. Entre más avanzaba más quería caminar. Las puertas cerradas y ventanas en penumbra de las casas desfilaban ante sus ojos a medida que pasaba.

Toda la gente dormía menos ella.

Ocasionalmente debía detenerse y arrinconarse jadeando contra el marco de alguna puerta; esperaba a que el temblor de manos y el hormigueo en su piel disminuyeran lo suficiente y continuaba su andar.

Para entonces ya estaba realmente lejos de su casa, unas diez cuadras por lo menos. Cruzó la calle

byron quiñónez

Martí, desierta salvo algunos vehículos parqueados y un taxi que se dirigía rumbo al puente Belice.

No quiso utilizar la pasarela. ¿Para qué, si a esas horas no había tránsito? Además, le gustaba sentir la dureza del asfalto bajo sus pies.

Cruzó la calle despacio, sin ver hacia los lados, sin ocultarse.

Iba por un costado del Parque Morazán cuando escuchó un silbato de policía, urgente y prolongado. Se detuvo en el acto, sin voltear, sin moverse casi. Lo escuchó entonces por segunda vez, tan fuerte que opacó el ensordecedor redoble de sus latidos.

Volteó por fin y, no viendo a nadie, aprovechó para ocultarse tras un árbol y esperar. La penumbra del tronco y ramas le concedió una invisibilidad relativa.

El peligro implícito de la situación le producía una euforia excitante y adictiva. ¿Y si la encontraban? ¿Qué pasaría, qué explicaciones daría?

El silbato volvió a sonar, esta vez más lejano.

Aflojó los músculos, tensos desde que oyera el primer silbato. Solamente su mano derecha permaneció empuñada.

“Hijo-de-puta”, murmuró con los dientes apretados.

El silencio recuperó su omnipresencia. Entonces pensó con rabia que ese policía no se le tenía que escapar. Dispuesta a alcanzarlo echó a correr

a todo lo que podían sus pies descalzos. Cruzó varias calles y enfiló por la segunda avenida, segura que así daría más rápido con él. Tras varias cuadras de carrera, se detuvo en una esquina para sacudirse la tierra que se le había adherido a la planta de los pies.

Un auto que avanzaba por la octava calle rumbo al Anillo Periférico pasó a pocos metros de ella. A pesar de la proximidad, el conductor no advirtió la presencia de la joven desnuda y siguió de largo.

La joven le observó hasta que las luces traseras del auto desaparecieron a lo lejos; cruzó la calle y pasó corriendo frente a la Casa del Niño, sorteando hábilmente las irregularidades de la acera.

A lo lejos, cual radio a bajo volumen, se mezclaba el ladrar de perros y uno que otro vehículo solitario.

Detuvo su carrera en la siguiente esquina, jadeante y furiosa porque le dolían los pies y no había dado alcance al policía. Permaneció unos instantes en posición de corredor agotado, inclinada, con las manos apoyadas en las rodillas.

Mientras recuperaba el aire pensaba qué dirección tomar. Subió entonces por la novena calle, pasó por detrás del Santuario de la Virgen de Guadalupe y frente a las gradas de Aprofam.

En la esquina del edificio de la Liga Nacional contra la Tuberculosis cruzó hacia la izquierda, enfilando por la Avenida Elena.

byron quiñónez

Silenciosa como fantasma de carne y hueso, pasó frente a una funeraria llena de gente sin que nadie se percatara de su presencia.

Sin volver la vista siguió avanzando junto al Hospital San Juan de Dios. Dos niñas de la calle venían caminando en sentido contrario, hacia el norte. Al cruzar la calle la vieron y empezaron a reír.

—¿Pero por qué andás así, te has vuelto loca?! ¡Te van a ver y te van a violar, vas a ver! —exclamó la más joven.

La otra, de unos catorce, le dio un codazo mientras reía.

—¡Shhhhh....! Dejála “Negra”, si a ella le gusta andar desnuda en la calle en su onda. ¿Verdad, chava?

Ella no les negó ni les confirmó nada: pasó junto a ellas y siguió su camino como si nada. Las jovencitas se plantaron en la esquina de la décima calle, observándola incrédulas mientras inhalaban sendos trapos con *thinner*.

Todavía escuchó risas y uno que otro silbido burlón a sus espaldas pero no le importaba lo que pudieran pensar de ella: tenía que llegar a su destino y regresar antes que amaneciera y la gente llenara las calles.

Pasó frente al restaurante chino de la esquina y evitó un montón de cajas vacías frente al portón de la Despensa Familiar.

A dos calles del Teatro de Bellas Artes, un nuevo silbido de admiración la hizo detenerse. Volteó hacia los arbolitos sembrados a lo largo de la avenida y unos bultos que en principio creyó bolsas de basura empezaron a moverse.

Cuando se incorporaron pudo ver que eran tres adolescentes vagabundos.

—¡Aaaala grannnn diaa-bla, pero qué mamacita más rriiii-ca! —exclamó el que parecía tener más edad.

Con ojos desorbitados avanzó hacia ella, flanqueado por sus compañeros que, al parecer, habían perdido la capacidad de cerrar la boca.

No podían creer su suerte: aquella hermosa desconocida no hacía ningún intento por cubrir su desnudez.

La vieron de pies a cabeza varias veces, ebrios de dicha porque jamás habían visto una mujer desnuda en persona, salvo revistas porno halladas en la basura.

—¿Y qué andás haciendo así en la calle, mamaíta? Andás bien loca, ¿vaá?

Los tres emitieron una risita nerviosa que pretendía ser de complicidad.

—¿Qué onda pues, te robaron tu ropa o la cambiaste por cois?

—Que role la piedra pues mamacita... —balbuceó el mayor.

byron quiñónez

La joven se limitó a dejarlos hablar y babear. El más joven se armó de valor y le agarró la nalga derecha, abarcándosela con la mano. Ella volteó furiosa y, mostrando los dientes, lo abofeteó.

El manoseador retrocedió estupefacto y adolorido, pero los otros no reaccionaron: estaban muy ocupados mirándola como para prestar atención a su compañero.

Los dejó atrás.

Siguió su andar hasta que por ahí, cerca del Barrio El Gallito, abrió una vieja puerta de reja y entró a un jardín que más parecía tiradero de ripio. Recorrió un estrecho corredor lateral cubierto por las estrellas y empujó la pesada puerta de madera.

Adentro estaba Theophilus, el Señor de los Perros —viejo, barbudo y sucio—, esperándola desparramado en un sofá viejo y desnivelado, rodeado por perros y cachivaches inservibles.

Las paredes, sucias y descascaradas, estaban llenas de grafitis: algunos francamente obscenos, otros definitivamente pavorosos.

—Te tardaste un poco hoy... —dijo el viejo con autoridad inapelable. Sus ojos de ermitaño se posaron en los tres adolescentes que ingresaron tras ella, deslumbrados por su desnudez.

—¿Y esos patojos?

—Se vinieron siguiéndome, no pude evitarlo.

—Bueno, peor para ellos. Empecemos de una vez...

EL ÚLTIMO RAVE DE GUSTAVO SOLÍS

Ahora que lo pienso, mi accidente debió suceder cuando el rave estaba en lo mejor... Hubo éxtasis, crack y ácido en cantidades industriales, no lo puedo negar. La música retumbaba (*Change my pitch up / smack my bitch up... sample / loop*) y hacía vibrar los vidrios y paredes de la casona en que nos aglomerábamos.

Tres patojas, drogadas o borrachas, se desnudaron. Al poco rato les habían hecho rueda mientras danzaban extasiadas y sus ropas desaparecían entre la multitud.

Yo de cerdo me había echado como tres ácidos, de modo que cuando empezaron a poner música de Portishead ya andaba hasta el séptimo cielo. No sé si a ustedes les pasará igual (tal vez con alguna otra banda, no sé), pero yo siento algo parecido al miedo ante el aura oscura de su música —subliminalmente siniestra, tan sutil que escapa al oído inexperto. Algo así como una película negra en audio...

Bueno, resulta que al DJ se le ocurrió cambiar de ritmo, y sin decir agua va nos alteró el viaje con “Venus in furs”. ¡*Oh, man...!* Aquello fue lo

byron quiñónez

último ustedes, lo último... Claro, todos sabemos que Velvet Underground no toca músicaailable, pero sus cualidades hipnóticas van de la mano con toda clase de sustancias ilegales.

Fue a mitad de esa canción que se desnudaron las tres patojas. Una de ellas era casi una niña, yo calculé que no tendría más de catorce. Aún así, era la más alocada de las tres, abrazando y besando a quien se le ponía enfrente.

Durante esa canción, uno de mis amigos apareció con una pipa de cristal y me invitó a fumar en un rincón apartado. No sé cómo se me ocurrió aceptar crack en el estado en que andaba pero a esas alturas yo ya no sabía si la voz de Lou Reed me estaba llevando al otro mundo o si, por el contrario, me mantenía vivo. Coloqué el pedazo de crack en la pipa de cristal y le acerqué la llama del encendedor. Pese al volumen de la música, el sonido característico de aceite quemándose invadió mis sentidos y ennegreció mi entorno.

Tenía fiebre y empecé a delirar.

Las paredes del palacio hindú en que me encontré de repente sin saber cómo había llegado ahí eran de lujoso mármol blanco al igual que las bañeras, tan grandes como piscinas para niños. Las estatuas que adornaban las fuentes eran de oro y jade con ojos de rubí. Representaban a Shiva y otras deidades, todas con muchos brazos y distintos objetos en cada mano.

En los enormes e increíblemente bellos jardines exteriores bailaban doncellas hermosísimas, algunas ataviadas con plumas de pavo real y velos traslúcidos. Tres de ellas se paseaban tan desnudas como cuando nacieron (sin contar collares y brazaletes, por supuesto). La más bonita era casi una niña, sus ojos increíblemente oscuros y bellos. Sonriendo, se abrazó a una columna de marfil pulido y me lanzó una mirada invitadora...

“Dale, ahí está tu otra piedra”, me interrumpió mi coadicto, volviéndome a la realidad. Me le quedé viendo furioso, con ganas de pegarle: por su culpa se habían esfumado las columnas del palacio, los cortinajes púrpura y oro, las fuentes y los turbantes de seda. Bueno, por lo menos las improvisadas bailarinas de strip seguían ahí, bailando a la vista de todos.

—¡Sos una mierda! —le dije, y volví a encender la pipa.

Creo que lo único que me mantuvo aferrado a esta vida de mierda fue la música de los Chemical Brothers y el big beat de “Setting sun”. Sólo hasta que terminé de soltar el humo recordé el sitio en que me encontraba y volví a la realidad irreal que me rodeaba.

“Púchis... —pensé— por poco y me quedo en esta...”.

byron quiñónez

Asqueado, le devolví la pipa y me largué de ahí pretextando cualquier cosa. Bastó mezclarme con la multitud para zafarme de él. ¿Cómo iba a seguirme si tenía su pipa y más crack para entretenerse?

Estaba mareado. Me pesaba mucho la cabeza y las piernas apenas me respondían. Trastrabillé entre los bailarines hasta que sentí que alguien abrazaba mi cuello y me daba un beso muy cerca de la boca. Era la nudista más joven, la de los párpados azules y labios de Selenita.

“Acompáñame al baño, chinito, no quiero ir sola” —me dijo.

Tomándome de la mano me guió como a un niño entre la masa drogada, sudorosa y danzante mientras mis ojos la devoraban con incredulidad.

Me llevó a uno de los apartados del baño. Cerró la puerta y con un firme pero delicado empujón me sentó en el retrete. Se me echó encima y empezamos a besarnos con voracidad. Los oídos me zumbaban a causa del crack pero no me importó. Estuvimos besándonos quién sabe durante cuánto tiempo. Le pregunté cómo se llamaba mientras paladeaba sus pezones bronceados.

“Raquel...”, respondió entre jadeos. Su mano empezaba a explorar bajo mis pantalones.

“Somos los nuevos beatniks” —pensé.

Estaba en lo mejor de la euforia: a mi alrededor, cual celajes de otoño, los objetos cambiaban de forma lenta pero constantemente. Los colo-

res de cada cosa irrespetaban sus límites, deslizándose de un objeto al otro, en un alegre y constante intercambio de tonalidades.

Empecé a preocuparme ante la posibilidad (siempre latente) de no regresar de aquel viaje, de quedarme arriba para siempre. ¿Qué tal si me habían vendido ácidos defectuosos? ¿Quién podía garantizarme lo contrario?

La mano de Raquel seguía acariciando y apretando.

Me rendí a ella. Me tenía literalmente en sus manos.

Mientras tanto, mi entorno se metamorfoseaba sin cesar. Y no solamente en cuanto a forma y tamaño: también los colores formaban un caudal tornasolado que se arrastraba lenta e insidiosamente sobre toda superficie, uno tras otro, cual arco iris líquido y reptante.



Parece que el DJ se aburría de estar cambiando discos o quizá fue al baño. O, lo más seguro, ya estaba loquísimo. Cuando Raquel se arrodilló ante mí seguí escuchando la misma canción, una y otra y otra vez. En ese momento perdí la conciencia del yo.

Y ahora —no me pregunten cómo—, resulta que me he convertido en un árbol. Por eso no puedo moverme...

EN LA CASA DE PAULI

Había noches en las que Gabriel se llenaba de hostilidad, como ahora. O, para ser más precisos, tenía tres noches de estar tenso, de mal humor, propenso a las reacciones violentas. Tres noches en que su cuerpo había empezado en serio a resentir la abstinencia, privándolo de tranquilidad.

Abría la ventana y trepábase a ésta con las mandíbulas rechinantes de furia. Con todos los músculos en tensión permanecía durante horas encaramado en la ventana, rumiando, insultando entre dientes, formulando amenazas silenciosas al traspatio, que se extendía desde la ventana hasta donde empezaban las tinieblas de la arboleda.

Su rencor acumulado hervía en aquellos momentos: la espuma del odio acumulado se rebalsaba, incontenible. Empecinado en recordar ofensas, imaginaba en detalle los castigos que habría de infligir a quienes lo habían traicionado en una forma u otra.

Su mirada se posó en el océano de árboles en penumbra que se extendía más allá del horizonte, hasta donde sus ojos no alcanzaban a ver. El vien-

to nocturno mecía los arbustos y las ramas de los árboles, elevando una convulsa nube de polvo y hojas secas.

En un impulso repentino, inesperado, se lanzó desde la ventana y corrió vigorosamente hacia la arboleda bañada por el plenilunio. Se adentró en ésta, sorteando apenas los troncos que se atravesaban en su camino.

Pese a que aumentaba la velocidad conforme corría, y que evitaba los árboles con precisa eficacia, pasaron casi diez minutos antes que su mente percibiera el salto desde la ventana y que ahora corría como un animal salvaje entre la arboleda. Avanzó rápidamente, zigzagueando fuera de sí. Apenas veía las raíces que sobresalían del suelo, las hojas multicolores que alfombraban el humus y los múltiples insectos que proliferaban por todas partes: no veía nada más.

Ocasionalmente se cruzaban en su camino pequeños mamíferos extraviados y los mordisqueaba con efectividad brutal. Su avance no era silencioso: los crujidos vegetales a su paso eran ornamentados con los chillidos de las presas que atrapaba, enriqueciendo el murmullo cotidiano de la arboleda infinita.

Se sentía poderoso y vital, capaz de aplicar brutales acciones punitivas a sus enemigos. Su carrera le llevó a un bosque de araucarias y coníferas añosas y descomunales.

byron quiñónez

“*You can't get out...*” dijo una voz que repentinamente llegó flotando hasta sus oídos y le sacó de aquella especie de trance hipnótico. Gabriel se detuvo. Poniéndose de pie, tomó conciencia de que había estado corriendo sobre pies y manos, como cualquier cuadrúpedo. Aquel descubrimiento le disgustó sobremanera.

Con la inmovilidad vino el silencio y con éste la hipersensibilidad auditiva. Podía escucharlo todo, literalmente todo. La música que sus oídos habían registrado momentos antes se hizo más clara con el silencio circundante y Gabriel pudo dirigirse hacia su origen, a unos quince metros de donde él se hallaba.

Era una música extraña y por demás inusual en aquel sitio: un jazz enfermizo y ecléctico, saturado de instrumentos inidentificables y variaciones abruptas y violentas. Percusiones primitivas e inconexas aderezaban aquella mezcla indigerible. A pesar de su naturaleza demencial, aquella música era apenas un murmullo, fácilmente confundible con el rumor del bosque si no se prestaba la debida atención.

Sus sentidos no le habían mentado: se detuvo ante una construcción de madera, piedra y lodo, semejante a un iglú. La construcción se hallaba cubierta de humus y las raíces de un árbol gigantesco la envolvían en su parte oeste.

“Esta debe ser la casa de Pauli. No creo que a nadie más le guste esa música por aquí...” pensó.

Empuñó la mano y golpeó tres veces la madera ennegrecida. La puerta no se abrió de inmediato: escuchó unos pasos lentos y pesados que se acercaban sin prisa y se convenció de que había dado, sin querer, con la casa de su amigo.

Seis segundos más y la puerta se abrió para mostrar la familiar cara de Pauli. Cubierto por completo de pelo castaño oscuro, Pauli presentaba un aspecto corpulento, de oso erguido, con un estómago prominente que hacía juego con su gordura general. Por su aspecto primitivo y poco evolucionado parecía una especie de marsupial prehistórico.

—Gabriel... *Long time, no see...*

—Pauli... sabía que eras vos. ¿De dónde sacás esa música?

—*You would not believe it if I told ya. Come in, I have some stuff...*

Gabriel entró a la madriguera y cerró la puerta. De espaldas a él, su anfitrión y colega de vicio abría un recipiente de cristal y, con mirada ansiosa y movimientos temblorosos, depositaba parte del contenido sobre la superficie pulida de la mesa. Observó en silencio mientras aquel ser de pelaje erizado utilizaba una cuchilla para formar dos líneas enormes de aquel polvo blancuzco e invitador.

Se volvió hacia Gabriel, palmeándole la espalda en tono cordial y señalando la mesa a manera de invitación.

—*Be my guest...*

byron quiñónez

Gabriel notó con aflicción que cada línea de droga era tan larga como su dedo medio y tan ancha como su pulgar. Había por lo menos tres o cuatro gramos en cada una. Vaciló unos instantes, considerando el riesgo: si empezaba, ya no podría parar. Serían días —tal vez semanas— sin comer ni dormir. Conocía muy bien su temperamento obsesivo y sabía lo que podía esperar.

—*You show me* —le dijo a Pauli para disimular su indecisión.

—*Okay* —dijo éste sin dar importancia al asunto. Sobre la mesa yacía un hueso largo y cilíndrico; se lo colocó en la fosa derecha y se inclinó sobre la droga. Su nariz experta aspiró una línea completa con tranquilidad cotidiana.

—*Come on. Do your line...* —dijo a su amigo tras esnifar la propia.

Gabriel tuvo la repentina sensación de que estaba viviendo un sueño lúcido y miró con estupor al ser que tenía frente a él. Sin duda, el hedor que Pauli emanaba era causado por el continuo consumo de droga. Seguramente sus glándulas almizcleras estaban irremediablemente alteradas y secretaban el triple de lo normal.

Pauli pareció impacientarse pero no perdió su tono amable.

—*Come on...*

Sin decir palabra, incapaz de contenerse —como en una pesadilla—, Gabriel tomó el tubo de hueso

y lo acercó a su nariz, pero éste era muy grande y no le servía. Se lo tendió a Pauli, que le observaba con los ojillos vidriados por la sustancia. Su silencio le pareció coercitivo y Gabriel centró de nuevo su atención en la esclavizante sustancia que tenía enfrente. No podía echarse para atrás o Pauli se ofendería y, bestial como era, sería capaz de despedazarlo.

Era una calamidad o la otra, así que optó por la de largo plazo. De cualquier manera, ¿qué le importaba el riesgo de la adicción? Gabriel estaba más allá de tales pequeñeces.

Se inclinó sobre la mesa y, acercando su nariz a la droga, la absorbió sin valerse de nada. Los oídos empezaron a zumbarle. En aquel momento, se percató con alarma de que había absorbido más droga que la que su organismo era capaz de soportar.

Cayó pesada y silenciosamente al suelo, con las quijadas trabadas y la mirada fija en el vacío. Empezó a transpirar copiosamente; se le aceleró tanto el pulso que le empezó a doler el corazón.

“Voy a morir”, pensó en un momento de lucidez.

La certeza de la muerte le llenó de un repentino pánico. La sobredosis y el terror le hicieron temblar convulsivamente.

“Hoy sí...” pensó nuevamente. Pero no murió como temía: permaneció largo tiempo tendido mientras su ritmo cardíaco se normalizaba y sus ojos recobraban el enfoque.

byron quiñónez

Ante la mirada cotidiana de Pauli Gabriel se incorporó, eufórico e inmortal. Sin poder detenerse, abrió la puerta de golpe y se lanzó corriendo salvajemente entre la arboleda.

MANIFIESTO SOCIOANTROPÓFAGO

*Claro que puedo amar a mis semejantes:
cuando los encuentre.*

No tengo nombre. Al menos, no para ustedes: nadie debe conocer mi identidad. Nadie. Además, un nombre no representa nada. El apelativo que ostentamos no es más que parte de la máscara que lucimos ante las otras máscaras.

Estamos rodeados de máscaras, con infinitas formas e ídoles.

No tengo nombre, pero pronto habrán de bautizarme con algún mote sensacionalista, de esos que tanto fascinan a los periodistas de nota roja. ¡Y vaya si les voy a dar de qué hablar!

Mi verdadero nombre (el de mi alma), ni siquiera yo lo conozco: ha de tener miles y miles de años de haberseme impuesto en alguna esfera etérea, pero —de acuerdo a la anamnesis platónica de las almas— lo he olvidado a lo largo de la cadena de encarnaciones que me precede, y ha sido relegado a zonas inaccesibles de mi subconsciente.

Así, nadie sabe siquiera su propio nombre.

byron quiñónez

De modo que no me pregunten por el mío. Tampoco me gustaría que lo supieran.

Es innegable que todos tenemos facetas que nadie conoce: cosas aborrecibles, acciones vergonzosas, vicios ocultos. Podría utilizar términos clínicos, pero no tiene caso. Además, todos merecemos la dignidad de que nuestras aberraciones permanezcan ocultas. Y yo, la verdad, me reservo mis vilezas porque desprecio a los demás y les considero indignos de acceder a rasgos profundos de mi persona.

Sería como darle perlas a los cerdos.

O, en este caso, sería como alertar a la presa. Porque eso es lo que son todos los humanos: ganado de engorde en una inmensa granja sin cercos.

La hipótesis no es nueva: el mundo es un inmenso criadero de reses humanas, destinadas a alimentar ominosas potencias ocultas, a demonios, a deidades paganas.

No hay que alarmarse ante algo tan obvio. De todos modos las masas jamás se percatan de su destino, ni tan siquiera en el momento final. Como cerdos en un matadero, se revuelcan en el fango y se atiborran de comida como si la vida fuera para siempre. Felices, ignorantes de la proximidad de la muerte.

No tengo nombre pero poco a poco me he ido convirtiendo en un animal, en un depreda-

dor: mi condición zoológica ha cambiado. Pero no crean que el camino hacia dicha conclusión ha sido fácil o rápido: ha sido más bien un proceso laborioso, develado año con año por medio de la acumulación de datos y coincidencias que progresivamente me hicieron admitir la realidad.

Una cosa es segura: ya no soy el mismo de antes.

Definitivamente.

En cuanto a los demás, lo que les molesta es mi condescendencia porque se sienten inferiores. Eso es evidente. Me detestan porque mi sola existencia hace que se vean tal cual son: unos mediocres. Como posiblemente yo mismo también lo sea, pero en definitiva peores que yo. Resentidos intelectuales. Bestias de tiro. Capaces de comer sus propios excrementos si se los ofrecen en un plato.

Como borregos que son, se asustan cuando —por azares del destino— aparece entre ellos un lobo. Y he aquí su patético mecanismo de defensa: ríen colectivamente a costa del que es distinto a ellos, le satanizan y le tachan de “raro”.

Con esto no hacen más que evidenciar su calaña. Ignoran que el blanco de sus burlas ríe a su vez cuando comprueba que está rodeado por idiotas.

¡Y la ira! Me pregunto cuánta ira es capaz de albergar un alma humana. ¿Cuánto odio habré de saborear en mi furia antes de empezar a matar

byron quiñónez

gente? De tomar tal decisión, he de conservar la sangre fría y actuar de forma inteligente. Ante todo, el depredador soy yo. No me puedo dar el lujo de ser detectado por las presas. No debo permitir que me encierren e interrumpen mi tarea (eliminar indeseables y nivelar la sobrepoblación de imbéciles).

Mi nueva condición, más que maldición, es un regalo divino y una responsabilidad evolutiva. Ahora ya sé cuál es mi verdadera misión.

La humanidad se ha convertido en un cáncer, y la naturaleza me ha honrado al asignarme un escalón superior. Finalmente, la raza humana tendrá un depredador en la pirámide alimenticia. Ya cumplió su tiempo como raza dominante. Es hora que dé paso a una especie más apta para la cacería, con instintos depredatorios y que a la vez posea un intelecto superior.

Hablo de una nueva división social: devoradores y devorados.

Por supuesto que la burguesía y el proletariado seguirán existiendo un buen rato, pero la obsoleta lucha de clases será lenta y progresivamente desplazada por la angustia del canibalismo urbano. Los cadáveres medio devorados aparecerán a cualquier hora y en cualquier lugar, mudos testigos de mi trabajo.

Así como los dinosaurios cumplieron su ciclo y desaparecieron de la faz de la tierra, esta vez le ha llegado su turno al hombre.

Es el final de los tiempos para la raza humana tal y como la conocemos: “civilizada”, ociosa y carente de armas naturales, físicamente indefensa ante cualquier fiera de gran tamaño. Y dicho lo anterior, se ve ante dos alternativas: extinguirse o evolucionar.

Al igual que los mamíferos surgieron de los reptiles, de la mediocre y decadente raza humana surgirá un nuevo animal carnicero. El hombre evolucionó de las bestias y ahora éstas descenderán del hombre, originando una raza que coincidirá en muchos aspectos con la descripción del superhombre de Nietzsche: un ser puro, bestial y carente de humildad, servilismo y piedad.

Los asesinos en serie hacen un trabajo que, a la larga, resulta mucho más digno que el desempeño por un empleado de cualquier banco. Y no existen sólo porque sí: son los medios de que se vale la madre naturaleza para nivelar la población humana y evitar un desequilibrio ambiental.

Durante años, ustedes se han alimentado de mi miseria: ahora yo me alimentaré de su carne...

este libro se convirtió
en abstracta infor-
mación matemática
capaz de descargarse y
decodificarse en cual-
quier monitor del mun-
do en Guatemala un 24
de septiembre de 2007

